



<p><b>SE PUBLICA</b></p> <p><b>UN CUADERNO SEMANAL.</b></p> <p><b>PRECIO, UN REAL</b> al recibir el número.</p> <p><b>AÑO II.</b></p>	<p><b>COLABORADORES.</b></p> <p>CASTELLAN, BANCIA, ORENSE, PI Y MANGALL, FIGUEROA, MUÑOZ, SARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARISTI, CALA, CORDOVA, SANCHEZ REBO, PEDRA, ALTADILL, ZAFATA, TRESEARA, ESTERANEX, SOLER, MERCADO, LOZANO, SANTER, AMER, VALDES, FLORES, LAPUENTE, MINGUET, SERRA, COLL, FINEO, ALMIBALL, RUBAN, LOSTAU, CLATZ, RINCA, CARRION, ETC.</p> <p><b>DIRECTOR,</b> <b>Enrique Rodriguez Solis.</b></p> <p><b>MADRID 15 DE ENERO DE 1872.</b></p>	<p><b>EDITORES</b> <b>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</b></p> <p><b>ADMINISTRACION:</b> <b>Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</b></p> <p><b>NÚM. 2.º</b></p>
---	--	---



## SUMARIO.

TEXTO.—El fin religioso, por Francisco Córdova y Lopez.—Instrucción de los artesanos, por Francisco Ruiz de la Peña.—A la juventud republicana (soneto), por Constantino Llobart.—Fenómenos naturales, por Manuel Romay.—Una página de la historia de la enseñanza popular en Suiza, por Javier Alvarez Lindo.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodriguez Solis.

TEXTO.—Teddillo Ferré.—Club de la emancipación, calle de la Alameda, Madrid.

## EL FIN RELIGIOSO.

(Conclusion.)

La humanidad, conducida en su peregrinación sobre la tierra por leyes físicas inmutables y por leyes morales permanentes, prepara un nuevo acontecimiento religioso; á la religion de la India, que negaba la unidad del género humano con su monstruosa organizacion jerárquica, consecuencia del panteísmo material más repugnante y grosero, vino á reemplazarla una nueva religion de carácter universal, la doctrina de Jesucristo, que enseña la *unidad de Dios, la unidad del género humano, la igualdad entre todos los hombres*. La doctrina de Jesucristo planteó, pues, todos los problemas sociales, y aun cuando de una manera ineficaz, señaló los medios de resolverlos con la *caridad, la humildad, la fraternidad, la pobreza y la perseverancia*.

Pero no es esto solo; sus continuadores en la propagación de la nueva doctrina, mezcla informe de religion, de moral, de política y de ciencia social, todo emanado de un dogma inmutable revelado por Dios, encerrando á la humanidad en el círculo estrecho trazado por el catolicismo, la hacen declararse á sí propia impotente, y la filosofía, pretendiendo llevar el principio abstracto de la *igualdad* á los hechos sociales, provocó la protesta del siglo XVI contra toda *intolerancia*, contra todo *exclusivismo* y contra toda *infalibilidad*.

Si el catolicismo prestó grandes servicios al progreso de las sociedades europeas con la propaganda del principio de la *unidad de Dios*, sus lógicas y naturales consecuencias, aplicadas por la filosofía á todas las relaciones de la vida, han costado arroyos de sangre en esta lucha gigantista de la ciencia con la religion, hasta tanto que á esta se la dé su verdadero carácter arrebatándola los atributos que no la corresponden, y que á través de sus trasformaciones históricas ha ido usurpando á todos los fines racionales de la vida, que en su conjunto constituyen el fin general de la humanidad.

La vida humana, que por la ley de su propia organización necesita del fin del arte, del fin científico, del fin religioso, del fin del derecho y del Estado, no puede ser solamente religiosa. Por esta razon la excelencia de un fin cualquiera de la vida no debe, so pena de incurrir en extralimitación, en abuso, en privilegio, en tiranía y en injusticia, desconocer la necesidad é importan-

cia de los demás fines y el general de la humanidad, antes bien la grandeza de su destino debe enseñarle la de los demás y su libre y armónica relación con todos ellos; porque todos son igualmente necesarios e igualmente dignos en la sociedad.

Del desconocimiento de las atribuciones, tendencias y fin de cada una de las esferas de la vida humana y de las leyes del movimiento armónico de todas ellas en la general de la sociedad, ha nacido la invasión del fin religioso en los demás fines humanos, la inmovilidad de las sociedades cristianas y la paralización de la marcha de la humanidad, empujada por leyes fatales en el orden físico y moral á la realización de todos sus órdenes diversos del progreso y la civilización; el exclusivismo de una religión, la intolerancia religiosa, esa fanática presunción extremadamente perjudicial á las sociedades del predominio de un culto sobre los demás, como si alguno de ellos, en la limitación que á todo lo humano es inherente, pudiera reunir un mérito absoluto.

Así y no de otra manera se explican los anatemas de la Iglesia contra las manifestaciones de los atributos esenciales de la personalidad humana, las guerras civiles y religiosas, y, en una palabra, la *Inquisición*, modelo de opresión intelectual, física y moral.

Pero la doctrina del *Maestro*, ¿es acaso responsable de estos extravíos tristemente lamentables, hasta tal punto que obliguen á la proscripción de la religión y de la Iglesia?

No ciertamente. Cúlpese de estos extravíos á la ilógica aplicación de sus consecuencias á todos los órdenes de la vida. Felizmente el desarrollo de la filosofía, de las ciencias, las artes, el derecho y el Estado señalan un nuevo destino y un nuevo porvenir á la religión y á la Iglesia, que seguramente ante las nuevas necesidades del progreso, penetrará dentro de la ley común, como *simple y libre asociación* en relaciones armónicas con las demás asociaciones, gozando como todas ellas de iguales derechos y de iguales deberes, sin privilegios que contradigan ni se opongan á la *dignidad igual* de todas las asociaciones humanas. Solo la *libertad de cultos*, con la debida separación de la Iglesia y el Estado, en una palabra, garantizada por la forma de gobierno republicana federal, es la que puede dar á la Iglesia, como á todas las demás instituciones de la vida humana, el orden, la prosperidad y la dignidad que anslan.

Y bien; la Iglesia existe como una necesidad legítima de la condición finita del hombre, de los pueblos, las sociedades y la humanidad, como manifestación religiosa de la religión interior de la vida. ¿Son imperfectas las manifestaciones de la Iglesia? Más claro: ¿extralimitan la esfera de su acción? ¿Invaden las atribuciones de las demás asociaciones y la ley general del destino humano? Pues estas imperfecciones, esta invasión y estas injusticias, atentatorias al destino del hombre y de la sociedad, son hijas de una religión interior imperfecta, de una conciencia enferma, del desconocimiento del concepto religioso, que estudia al *ser*, no la *ley del ser*, y de la negación, por el dogma inmutable, del hombre, de la sociedad y de Dios. Y si esto es así, ¿por qué no curamos la enfermedad en vez de abandonarla al cam-

po de las pasiones? ¿Por qué no curamos las conciencias enfermas con todos los recursos y por los medios con que cuenta en este momento histórico el progreso y la civilización de las ciencias, de la filosofía, las artes, el derecho y todos los conocimientos humanos? ¿Por qué no curamos la enfermedad del error con la salud de la verdad firmemente asentada en el espíritu?

Nada de exclusivismos, nada de anatemas. Si condenamos y excluimos la institución de la Iglesia, ¿por qué razón no hemos de condenar también, por análogas e idénticas causas, las demás instituciones sociales, como la *militar*, la *comercial* y *artística* y en una palabra, todas aquellas que representan fines particulares del fin general humano?

Que cada fin de la vida encuentre determinados por la ciencia sus medios legítimos de acción; que ninguno de ellos propase los límites marcados por la ley de su propia constitución y organismo; que cada uno gire con absoluta libertad e independencia de los otros y en relación armónica con todos, y de esta manera y por semejante procedimiento, conforme con la naturaleza de cada cual, se completarán mutuamente, y unidos y organizados mediante el principio de Jesucristo *la unidad de Dios, la unidad del género humano, la igualdad de todos los hombres*, á semejanza de lo que en el organismo humano acontece, que cada uno de sus órganos se desenvuelve libremente y en relación armónica con los demás, cooperarán á la libertad, al desarrollo y robustez de cada fin particular de la vida, á la libertad, al desarrollo y robustez del fin general de la sociedad.

Los hombres, las clases y los pueblos, alejados por todos sus elementos á la vez del concierto humano, encontrarán un día, no lejano, al través de sus limitaciones históricas, el hogar de una *sociedad fundamental humana*, en donde todos, como consocios de una misma sociedad y como hermanos de una misma familia, disfrutarán de los beneficios de la realización de sus fines particulares y del destino general de la humanidad.

Las leyes de la naturaleza humana, el cumplimiento de su destino y el de la sociedad, están señalando por todos sus lados á la vez el hogar de una familia fundamental humana; y si la ley del perfeccionamiento indefinido empuja al hombre, á los pueblos, á las sociedades y la humanidad hacia la realización de sus respectivos destinos dentro de esta familia fundamental humana, la Iglesia, partiendo de su principio instintivo, sentimental y abstracto de la *unidad de Dios*, debe acelerar, en la parte que á ella le corresponde, este día de unión, de amor, de paz, de concordia y de armonía universal.

La Iglesia, dominando hoy con sus costumbres tradicionales, hijas del fanatismo de las conciencias, es una de las palancas más poderosas para dirigir el espíritu de las sociedades modernas hacia el puerto de salvación de la verdadera libertad, del derecho y la justicia, desprendiéndose voluntariamente de las atribuciones que no la corresponden, y que al través de sus transformaciones históricas, ha venido usurpando á la política, á la moral, á la sociedad y al Estado.

De esta manera la humanidad, que, como tenemos dicho, está dirigida por leyes físicas inmutables y por

leyes morales permanentes, reflejándose en el hombre, aparecerá con formas sensibles en el hogar doméstico, en las asociaciones, en el pueblo y la nación hasta que el principio de la *fraternidad universal* sea una verdad práctica sobre una misma tierra, bajo un mismo cielo, entre todos los seres que componen la gran familia humana.

La *República democrática federal universal* con todos sus principios y consecuencias, es la encargada de preparar esta nueva civilización para los pueblos, que asegure el desarrollo integral de todas las actitudes y funciones de la vida humana.

FRANCISCO GÓRDOVA Y LÓPEZ.

## LA INSTRUCCION DE LOS ARTESANOS.

### Un capítulo del programa municipal de los federales bilbaínos.

Hablamos de esas multitudes de ciudadanos que se dedican a la profesión y ejercicio de las artes mecánicas; de esos hombres poderosos en el número, robustos en las fuerzas, excesivamente grandes dentro de la acción vital de los pueblos, pero *cruelmente* pequeños ante los *derechos sociales*, y condenados a la miseria en medio de tanto producir, a la fatiga en medio de tanto poder, y al martirio en premio de una actividad y de una abnegación tan heroica.

Leo la historia de la *instrucción* en España. Aquí encuentro la creación de una universidad donde se enseñan *leyes* a los hijos de ciertos ricos hombres, *teología* a la progenie entera de todo hidalgo *pobreton* y *vanidoso*, y al *sinnúmero* de *sobrinos* de los clérigos principalmente.

Si acaso en el arte de recetar y hacer sangrías, ó en el de confeccionar drogas, les toca algo, en aquellas aulas, á los allegados de los *Maese* ó de algun otro pobre diablo.

Los conventos se alzan á millares. Los reyes costean y dotan unos; los aristócratas fundan y subvencionan otros, y *dones piadosos* de todos los enriquecen.

—¿A qué propósito?

—Al de proteger al holgazán, al hipócrita, al embaucador y al espía. Era necesario tejer y dilatar por todos los ámbitos una red de intrigas y fiscalizaciones políticas. El procedimiento fué sábio, pero vil.

Dijéronse los reyes: «Para escalar las tiranías, ejercicios de guerreros; para darlas base sólida y vida eterna, plagas de inquisidores y falsarios.»

A eso se dedicaban los frailes. Ved su doctrina en síntesis.

«Hay un Dios terrible en su justicia. Hay un rey, imagen de ese Dios en la tierra.—¡Temed la justicia del Dios! ¡Temblad ante las iras de sus reyes!

El rey es rey por derecho *divino*, y por derecho *divino* manda y castiga. ¡Obecedle ¡ciegos y temedle amedrentados; que el derecho de Dios es irresponsable, es indiscutible! ¡Cada Dios tenga un templo; cada rey otro ó varios aun más magníficos! (Sus palacios.)

No averigüéis el por qué de sus acciones, ni de sus le-

yes. Dios tiene arcanos, y los tiene también el rey. ¡Respetad los arcanos y acatad lo que de ellos viene.

Necesitais creer como niños y obedecer como autómatas por más que tengáis *albedrío* y *potencias*.

La ciencia hace al hombre osado é irreverente. Los irreverentes censuran: los osados luchan. Censurar á los reyes, luchar contra los reyes es soberbia mayor y desacato más nefando que el de los *ángeles caídos*. ¡El rey es el Dios nuestro en la tierra! Os lo repetimos.»

Eso era lo que los farisantes de la coggula enseñaban en favor de sus *santos fundadores* y *patronos*; y lo enseñaban en el tribunal de *Cristo*, y desde la tribuna del *Espíritu Santo*, y dentro del Tabernáculo del *Eterno*.

Y *Cristo* vino á igualar humillándose, y el *Espíritu* á vincular inspirando, y el *Eterno* á redimir por medio del *Verbo*.

Los *sayales ropaje*, y las *salmodias rezo*, y la maceración y abstinencia *ley*, todo era aparato escénico con que los habilidosos cómicos encubrían sus propósitos avasalladores y egoístas. Que para adorar á Dios todo ropaje es bueno; y toda ocupación, todo tiempo y todo lugar se prestan á ello.

El *convento* era un centro de instrucción donde se alardeaban el asceticismo-máscara, la religiosidad-tinte, la filosofía-argucia y el dogma-sutileza.

«A vivir de otro y á embrutecer al que nos *costea* para que el rey *nuestro* señor más á su sabor le esclavice: ¡hé ahí nuestro secreto! decía todo *buen monge*.»

Pero lo decía entre hermanos fieles ó para su burda rópila.

El chino, el turco, el marroquí son esclavos perpétuos porque respiran por todas partes fanatismo, y del fanatismo se nutren y en él se abaten.

Napoleon III hubiera puesto un *convento* en cada esquina de París y tres en cada aldea de Francia. Bien sabía él que de otro modo no podría *vincular* la tiranía en su familia.

Adulaba al papa. Hubiera hecho un pontífice á su gusto. Todo eso era preparar el terreno para organizar la plaga de embaucadores sacerdotes. ¡Sembraba en mal siglo y se esterilizó su obra!

Los *retrógrados* españoles, todos defienden la tiranía más ó menos absoluta, y todos claman por los frailes, y principalmente por los *refinados* jesuitas.

En las carreras de la milicia han entrado *con preferencia* (y mejor con *derecho exclusivo*) los hijos de los militares, gente asaz productora y tributaria. Y para esas carreras hay también establecimientos grandiosos, que no otra cosa son el de Segovia, Toledo, Valladolid y otros. Y en esos establecimientos se dan *becas* de gracia, y las *pagamos todos los ciudadanos* y las disfrutan *entre sí* los poderosos del sable ó de cosas por el estilo.

Yo he visto hacer *capitan* á un recién nacido y darle sueldo del Estado desde el día en que recibió el bautismo. Y no era hijo de tejedor ni de lavandera.

Para los hijos de la *clase media* ha escogitado el *progreso* escuelas de comercio, de telégrafos y otras varias; para el *artesano* jamás llegan las protecciones de la patria. Si los *déspotas* caídos quieren hacer anarquía para restaurar después de ella sus tronos, abusan de la igno-

rancia de esas masas trabajadoras, las acosan y seducen en su miseria y el caos político viene. ¡Reyes y frailes andan aquí, porque aquí se abandona á los pobres de su rudeza, y en su hambre desesperada se les escarnece!

No eduqueis al trabajador y las libertades se agostarán en flor ¡siempre!!

El pobre, porque es pobre, es ignorante, y porque es ignorante obra automáticamente contra sí y en favor del que le desorienta con sofismas y le seduce con mezquinas dádavas del momento. ¡Educadle y le libertareis del engaño de sus opresores! ¡Si no lo haceis, no os quejéis mañana del petróleo! Los del petróleo de ahora son raza de los de la hoguera de ayer; son el fuego exterminador del cielo, como ellos dicen. Mantenerla tiene el depósito.

—  
¿Qué sacamos de todos esos precedentes?

Sacamos que el artesano mantenía á los reyes, á los ricos-hombres, á los hidalgos, á los clérigos y á los frailes: que el artesano pagaba para fundar y sostener centros de instrucción donde recibieran *ecípises* de ciencia los hijos de tantos y tan holgados padres, y que ni *fraile*, ni *cura*, ni *señor*, ni *rey* se acordaron jamás de crear, si quier hubiera sido á costa del Estado (es decir, del artesano mismo: sin artes no hay Estado): una escuela de dibujo, de mecánica, física, química, historia y otras materias, que son el auxiliar poderoso del ingenio del hombre en la creación y perfeccionamiento de los *oficios todos*.

¡Ni siquiera una cátedra de agricultura en una nación tan eminentemente agrícola como debería ser la nuestra!

Lo poco que en artes se aprendía, se aprendía de rutina y por la corteza. Y para eso el *padre* tenía que pagar de su *tísico* bolsillo, el largo y penoso aprendizaje de sus hijos.

Los maestros eran sayones del aprendizaje; y si le admitían de gracia, lo hicieron siempre con el fin cruel de tratarle peor que á siervo, y de explotarle seis años cuando ménos.

Entre tanto los hijos de los hacendados al *por mayor*, ó á la *media elevada*, vedlos entrar orondos en establecimientos magníficos, y sentarse en cómodas galerías, y escuchar (ó no) la voz de sabios maestros, y tener á su disposición bibliotecas, museos, gabinetes, todo por cuenta del Estado, á quien á tanta costa mantiene el dinero de los trabajadores.

Y no reprendaís á los libertinos de levita, ni castigéis disciplinariamente desacatos é insultos al profesor y profanaciones al templo del saber. A los ricos hay que aguantárselo todo. ¡La ley del deber es para ellos, no un dique, sino una tela de araña.

Para el hijo del artesano está preparado un rincón del taller asqueroso y de aire mefítico; y si yerra, latigazo; y si ni yerra, también. ¡Desdichados los que de madre pobre naceis! ¡Aguantad, sufrid y callad, os dicen los poderosos!

«Cristo enseñó á redimir, y á amar, y á nivelar á los hombres en la justicia.» Esa es la palabrería eterna y enfática de los católicos, y principalmente de los clérigos; y apenas uno entre ellos redime, ama, nivela; y

¡ni uno solo se atreve á hacer guerra enérgica y tenaz á los que se hicieron magnates con la esclavitud, que todo lo abate; á los que llegaron á ricos con la usura, que es la negación de todo amor; á los que se encumbraron á fuerza de violencias, que todo lo desproporcionan.

De esos clérigos y de esos católicos, que tanto ponderan y citan al *Ungido*, bien se puede decir aquello de Iriarte en la fábula de *El mono y el titiritero*:

«¿De qué sirve tu charla sempiterna  
si tienes apagada la linterna?»

Citan á los varones ilustres del Cristianismo, pero es tan tan lejos de imitarlos como los más ímpios.

Dan á espectáculo una doctrina sublime, pero la iluminan con sus obras. La linterna de la virtud está apagada en sus corazones y en sus conciencias. ¡Ah! ¡Si ellos hubieran sido buenos, la justicia y el amor reinarian hace mil años, cuando ménos, en la culta Europa.

—  
¿Qué pedimos con todas esas advertencias? ¿Qué solución vamos á buscar con todos esos datos?

Pedimos que, puesto que el artesano lo produce todo y paga lo más en favor de todos, que todos hagan en su apoyo lo que hasta aquí no han hecho.

Los *republicanos de Bilbao* (paradoja sorprendente el que haya allí políticos de otras sectas!), los *federales bilbaínos* se han propuesto abogar con todo celo por la educación de los artesanos de aquel municipio rico, y hoy hasta de 30.000 ó más almas, numerosos.

Felizmente han obtenido algunos puestos en el municipio, y se proponen, entre otras reformas útiles y justísimas, la no ménos justa y útil de crear un centro de instrucción artesana la más completa.

El municipio de Vitoria se da prisa en hacer abogados y literatos: también se fabrican allí teólogos.

Vizcaya proyectó lo mismo hace tres años.

Con cien abogados hay de más para entre vizcaínos; y con 500 curas tienen bastante para el arreglo y dirección de sus almas.

Tan pocos como son los *aprendices* de esos ramos, ¡y costee Vd. una suntuosa universidad para ellos! Y para 120.000 artesanos que tendrá Vizcaya en acción, ¡ni una escuela de agricultura! ¡Ni una enseñanza teórico-práctica de nada se ha creado hasta aquí con fondos de la provincia!

Está visto: cuando las provincias vascas se dan tanta prisa á confeccionar *sacerdotes* y *jurisconsultos*, tendrán conciencia de que alimentan en su seno muchos *trapiondistas* y muchos más *descarriados*. De otro modo no se concibe el empeño de hacer tantos *defensores* de la ley ni tantísimos *médicos del espíritu*.

En la tierra de los *justos* (si la hubiera), por lo que hace á curas y abogados, bastaría con uno de cada *género*. Muy *nobles*, *reales* y *cristianos* podeis ser, pero tanto clérigo y tanto jurista no os abonan de ello.

Y mientras, descuidáis las enseñanzas (*por cuenta pública*) en lo que hace al perfecto desarrollo de las artes, pensando, que cuatro dibujos bastan para ser artesano excelente en cualquier oficio. En esa cuestión, ó los vasos sois por naturaleza ilusos, ó *alguna mano oculta* os

dirige para extraviaros. ¿Si será el canónigo D. Vicente, diputado furioso por más señas?... Pero no adelantemos juicios temerarios.

(Se continuará.)

FRANCISCO RUIZ DE LA PEÑA.

## A LA JUVENTUD REPUBLICANA.

### SONETO.

Flor que hoy nace al albor de la mañana  
para llevar su aroma al mismo cielo,  
eres ¡oh juventud republicana!  
gloria futura del hispano suelo.

Crece, fragante flor, crece lozana,  
que, si noble en crecer cifras tu anhelo,  
será del ancho espacio soberana  
tu esencia pura en vagoroso vuelo.

Alienta juventud, flor escogida,  
no temas de Aquilon el rudo embate,  
aunque por él te veas combatida:

¡Valor...! y vencerás en el combate,  
porque es tu esencia, esencia de la vida,  
y es imposible que Aquilon la mate.

CONSTANTIN LOMBART.

## FENÓMENOS NATURALES.

La túnica celeste que rodea nuestro globo llámase atmósfera. De quince á diez y seis leguas de espesor tiene esta, y la aguzada piqueta de la ciencia, demoliendo el pedestal del orgulloso se apoyara la antigua teoría acerca del aire tenido por un elemento, ha demostrado por medio del análisis químico y con exactitud matemática, que la atmósfera, ó sea el aire atmosférico, no es un elemento, sino un compuesto de gases, cuyos dos principales son: el oxígeno, el nitrógeno ó azoe, y otros en proporciones más reducidas; tales son: el vapor de agua y el ácido carbónico.

El aire atmosférico, ese alimento universal que al ponerse en contacto con nuestros pulmones convierte la sangre venosa en arterial (propiedad inherente al oxígeno que en su composición lleva), el *sine qua non* de la vida, es incoloro en pequeñas masas; así observamos que el que reside en nuestras moradas ó habitaciones y por las vías públicas, no tiene color; mas en grandes masas tiene un hermoso color azul, cual lo vemos en ese espacio que llaman cielo.

Las corrientes de aire se agitan con la velocidad de dos á cuarenta metros por segundo; cuando la primera, constituye el suave céfiro de las primaverales mañanas; cuando la segunda, constituye el furioso huracán. Existen, sin embargo, términos medios entre ambas mencionadas velocidades, constituyendo las diferentes clases de vientos.

Hecha narración del punto central, ó sea la tierra, de la túnica ó capa que por do quiere la rodea, ó sea la at-

mósfera, aun nos resta hacerla de la parte que encierra dentro de sí á las dos, ó sea del cielo.

Si dirigimos nuestros ojos á él en uno de esos días en que ni la más pequeña nubecilla empaña su transparencia, solo vemos brillar un astro que con sus vivos fulgores oscurece á los demás; este es el sol. El sol es un astro fijo, luminoso, el vivificador por excelencia de las plantas y de todos los seres que existen en la extensa superficie del globo. La inmovilidad del astro del día la demostró palpablemente el inmortal Galileo aun en presencia de sus terribles jueces, y esta verdad científica ha sido corroborada en dos distintas ocasiones por el genio francés en París. La causa que nos induce á creer que el sol es el que se mueve y no la tierra, no es más que una ilusión óptica. En efecto, cuando somos conducidos, ora en carruaje, ora en ferro-carril, ora, en fin, en un buque, si dirigimos la vista á su pavimento, parecemos que permanecemos fijos en un punto, y cuanto objetos nos rodean corren con una velocidad que está en razón directa con la que lleva el carruaje, etc.; y sin embargo, ¿no deja de ser esto una ilusión óptica, es decir, de nuestra vista? Pues idéntica ilusión tenemos con el sol; como quiera que le vemos aparecer por un lado y ocultarse por otro, nos atrevemos á deducir que él es quien tiene movimiento, mas sin recordar que nosotros hemos sido los movidos: de aquí, pues, que, como la premisa que se sienta es falsa, la deducción tiene que serlo igualmente. Reténgase, pues, en resumen, que el sol es un astro fijo, y la tierra, en su cotidiano movimiento de rotación sobre su eje, es la que contribuye á la aparición y desaparición del astro, así como con su movimiento de traslación da origen á las cuatro estaciones.

Ahora bien, si dirigimos nuestros ojos al cielo en una serena noche de verano, la decoración varía por completo. Observamos el pálido brillar de la luna y multitud de estrellas brillantes, entre las cuales la más hermosa y radiante es la que los astrónomos designan con el nombre de *Vénus*.

La luna es un astro opaco que recibe su luz del sol y que gira tan solo alrededor de su órbita. La posición que esta guarda en sus diversos movimientos orbitarios ó circulares, con relación á la tierra, es lo que constituye las cuatro fases de la luna, que se designan, según el orden de su aparición, con los nombres de luna nueva, cuarto creciente, luna llena y cuarto menguante.

Las estrellas son astros luminosos, es decir, que tienen luz propia. Entre ellas unas son fijas, porque no cambian de lugar; otras son errantes, por lo que su mismo nombre indica. No todas las estrellas que tachonan la celeste bóveda son accesibles á nuestra vista; la mayor parte solo se hacen visibles por el intermedio de poderosos instrumentos de óptica. Así esa faja blanquecina que en el mes de Julio aparece á nuestra observación, designada por la ciencia con el nombre de *vía láctea*, y por el vulgo con el de *camino de Santiago*, no es otra cosa más que un grupo de estrellas que se manifiesta cual blanquecina nube á nuestras miradas, y que con el auxilio del telescopio aparecen radiantes cual las demás.

Otro de los fenómenos no menos notables que se observan en nuestro planeta es el terremoto. La causa primordial que produce tan devastador como horripilante

fenómeno, que en segundos transforma las más populosas ciudades en escombros, es sin duda alguna el calor central de la tierra, del que hemos hecho mención en otra ocasión.

El terremoto es un movimiento brusco producido en la superficie de la tierra por una fuerza ascendente que obra en su interior.

Pongamos un ejemplo para aclarar en cuanto nos sea posible la definición. El vapor aplicado á las locomotoras imprime á estas un movimiento tal, que con la velocidad que todos sabemos arrastra gran número de wagones, ora cargados de pesadas mercancías, ora de viajeros, y los trasporta de un punto á otro: aplicado á los buques su potencia es tal, que hace á estos cortar y abrirse paso por entre las enfurecidas olas que con el murmullo de su blanca espuma se estrellan en sus ferreadas proas. Esto sentido, si la tensión del vapor en estas máquinas es excesiva, hace estallar impetuosamente la caldera, y la catástrofe con lúgubre cortejo sorprende á los alegres viajeros. Ahora bien; existiendo en el centro de la tierra esa gran cantidad de vapores comprimidos; y no encontrando á veces fácil salida al exterior por los respiraderos naturales (que son los volcanes), la corteza terrestre se conmueve y produce esos grandes trastornos que espantan tan solo al recordarlos.

Entre los lúgubres pormenores que los terremotos nos han legado, mencionaremos, entre otros, los acaecidos en Nápoles, las costas de Chile, la India, y el espanto que en 1868 tuvo lugar en la República del Ecuador, bajo cuyas ruinas perecieron 60.000 seres desgraciados.

MANUEL ROMAY.

## UNA PÁGINA DE LA HISTORIA

DE LA ENSEÑANZA POPULAR EN SUIZA.

Dictame y cantaré, nimen divino,  
si á la empresa basta puede tu aliento,  
¡Oh Stanz! ¡Oh Iverdon! ¡Oh sabio Enrique!  
¡Cómo al nombrarte conmovirme siento!

DUQUE DE FARIAS.

### I.

(Triste es ver cómo desaparecen una á una las más hermosas ilusiones al maldico influjo de los desencarnados! Triste es ver cómo de decepción en decepción mengua la fe, se araga el entusiasmo y la fría realidad viene á destruir las más halagüeñas esperanzas! Pero es sublime considerar cómo hay almas dotadas de extraordinaria energía que, á pesar de las decepciones, á pesar de los desencarnados, apuran tranquilamente la copa de la amargura y marchan impávidos tras de su soñado ideal, luchan con los obstáculos, vencen los escollos, y llegan á la deseada meta exclamando:—Nada hay que pueda resistir á la voluntad.

Muy pocos son, sin embargo, estos casos. Multitud de seres de alma grande y desinteresada existen que, sin fuerzas para sufrir los embates de la fortuna, se entregan al abatimiento y desfallecen, como las flores que agosta el sol canicular.

A vosotros, jóvenes entusiastas, los que teneis en la mente fija la idea del bien de la humanidad y trabajais

por su realización, á vosotros dedico estas líneas, sin otra pretensión que la de fortaleceros con el ejemplo, para que con ánimo esforzado y corazón tranquilo, paseis sobre las borrascas de la vida como el navegante que se dirige á seguro puerto.

### II.

El día 12 de Enero de 1746 nació en Suiza, en el cantón de Zurich, un niño cuyo nombre había de ser ochen- ta años más tarde pronunciado por sus compatriotas con veneración é inscrito por la humanidad en la Historia con indelebles caracteres. Este niño se llamó Enrique Pestalozzi.

Siquiera sea á grandes rasgos, queremos hoy ocuparnos de aquel hombre extraordinario, que mostró al mundo cuanto no se puede conseguir con fe y constancia, cuando inspira al alma una idea sublime, y cómo los corazones magnánimos saben sobreponerse á las miserias de la vida, pasando sobre ellas como el arroyuelo que se desliza puro y cristalino sobre un cáuce seco y cenagoso.

Enrique Pestalozzi fué un hombre verdaderamente notable.

En una época en que Suiza se agitaba sordamente al impulso del viento subterráneo de las revoluciones, que no tardarían en estallar; cuando la democracia sacudía el yugo de los cantones aristocráticos; cuando la obra de la reforma religiosa exaltaba los ánimos; cuando se preparaban en fin las grandes perturbaciones que habían de colorear de sangre aquellos hermosos lagos, cristalizados luego por las áuras de la libertad, que descendían de las cúspides de sus nevadas montañas, entonces fué cuando Pestalozzi se convirtió en instrumento de aquella bella idea de Leibnitz: «Siempre he creído que se reformaría el género humano reformando la educación de la juventud.»

### III.

Educado Pestalozzi en la desgracia, tuvo ocasión de conocer desde muy temprano la triste realidad de la existencia, é inclinado por naturaleza al estudio y la reflexión, le dominó bien pronto la idea que fué el ideal de toda su vida: idea por la cual sacrificó todo cuanto sacrificarse puede, sosiego, fortuna, afecciones, familia, y hasta la propia conservación: idea que solo le proporcionó disgustos y contrariedades, pero que en cambio había de reportar á la sociedad tanto bien que nunca podrá esta agradecerse bastante.

El problema de la ignorancia y la miseria era el que Pestalozzi había planteado, y que quizá hubiera resuelto si las mezquinas pasiones de los hombres no se lo hubiesen impedido. Estudiemos algunos de sus ensayos y comprenderemos hasta dónde hubiera llegado aquel grande hombre en su empresa de reformar la situación moral y material del pueblo.

### IV.

Dotado Pestalozzi de un corazón sensible á las desgracias ajenas, no podía menos de afectarle el estado de degradación en que se encontraban las clases pobres, y así decía: «Desde mi juventud uno de los rasgos de mi carácter era ser afable, bueno y bondadoso, y entregarme con ilimitada confianza á los hombres que me rodeaban; y como vi en mi edad de inocencia el abandono y la opresión de las clases pobres, excitáronse en mí profundas simpatías. Dominado de ardiente celo por aliviarles de su miseria, investigué con la mayor solicitud las causas del mal que rebajaba al pueblo de mi patria mucho más de lo que podía y debía ser rebajado.»

Hé aquí lo que le sirvió de punto de partida, y que podría resumirse en esta sola frase: El pueblo sufre.

¿Pero y las causas? Un escritor, tratando de esto mis-



mo, dice: «Comprendí que para libertar á las clases inferiores del yugo de hierro que las oprimía era preciso comenzar la reforma por abajo, en lugar de atacar los abusos por arriba; entreveía que el origen de la pobreza y de la miseria del pueblo provenía principalmente de la falta de desarrollo en sus facultades morales é intelectuales. Una nueva luz brilló á sus ojos.»

Pestalozzi hizo su estudio, combinó su plan y se decidió á llevarlo á cabo.

«¿Cuáles eran, empero, los medios con que contaba? Tenía su inquebrantable fe, su voluntad decidida, y una corta herencia que desapareció á los primeros pasos.

La reunión del trabajo material con el desarrollo intelectual y la perfección moral era su pensamiento. Para realizarlo fundó en su posesión de Neuhoof una escuela de pobres y de huérfanos. Allí, en medio de unos cincuenta niños hambrientos, haraposos, vagamundos, discolos, en una relajación completa de costumbres, dió principio á sus importantes trabajos, que abarcaban tres puntos principales. En primer lugar, proporcionar á aquellos niños los medios de subsistir, apartándolos de la mendicidad, para lo cual á unos dedicó al cultivo de las tierras de Neuhoof y á otros á los telares que tenía en el mismo establecimiento. En segundo lugar, desarrollar sus facultades intelectuales comunicándoles aquellos conocimientos que produce la ignorancia. En tercer lugar, cuidar del sentimiento, flor delicada del corazón que agosta el viento de las pasiones si no se la preserva antes que llegue á tener vigor y lozanía.

Tales eran en resumen las cuestiones que ocupaban toda su atención.

(Se continuará.)

JAVIER ALVAREZ LINDE.

## LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

—¡Hablábais de los quintos! señora Lisbeth.

—¡Ah! sí... desde el principio de esta maldita guerra han partido todos los mozos del pueblo: Ludwig, el hijo del herrero, Christel, Hans Goerner y otros; partieron unos á pie y otros á caballo, cantando «*Faterland!*», «*Faterland!*» con sus compañeros que les llevaban á Kirschthal, á la posada de maese Fritz, en el camino de Kaiserslautern. Cantaban, pero esto no les impedía llorar como desgraciados al mirar al compañero de Anstatt. A cada momento abrazaba Christel á Ludwig diciéndole: «¿Cuándo volveremos á ver á Anstatt?» El otro contestaba: «No debemos pensar en eso; el Señor nos salvará de esos republicanos, que el cielo confunda!» Sollozaban los dos, y el viejo sargento que vino con ellos repetía sin cesar: «¡Adelante...! ¡Valor...! ¿No somos hombres?» Tenía la nariz encarnada á fuerza de trincar con los quintos. Hans Goerner, que debía casarse con Rosa Mutz, la hija del guarda rural, exclamaba: «¿Otro trago! ¡Otro trago! ¡Tal vez sea el último que tomemos!»

—¡Pobre muchacho! dijo la señora Teresa.

—Sí, y todavía sería eso poco si las muchachas pudieran casarse; pero cuando se van los mozos se quedan plantadas, sin otra vida que meditar día y noche, consumirse y envejecer. No pueden casarse con viejos de sesenta años, viudos ó jorobados, cojos ó tuertos. ¡Ah! señora Teresa, no quiero incomodarlos; pero sin vuestra

revolucion viviríamos tranquilos, sin pensar más que en dar gracias al Señor por sus beneficios. ¡Es terrible una República como esa, que saca á todo el mundo de sus costumbres!

Mientras oía hablar á Lisbeth estaba percibiendo cierto olorillo de carne asada que se difundía por la habitación, y concluí por levantarme con Escipion para ir á echar una ojeada á la cocina: teníamos una sopa excelente, carne asada y patatas fritas. Tanto me había despertado el apetito la caza, que me parecía lo hubiese devorado todo de un bocado.

Escipion mostraba también felices disposiciones; con las patas en la orilla del hogar miraba con la nariz las cacerolas, porque la nariz del perro, como dice M. Buffon, es una segunda vista muy perspicaz.

Después de examinarlo todo comencé á desear con más vehemencia el regreso de mi tío.

—¡Ah! Lisbeth, exclamé volviendo á la sala, ¡qué hambre tengo!

—Tanto mejor, tanto mejor, me contestó la vieja sin dejar de hilar; el apetito es cosa excelente.

En seguida continuó su historia de las quintas, que la señora Teresa parecía escuchar con placer. Por mi parte iba y venía de la sala á la cocina, y Escipion me seguía paso á paso; sin duda pensaba lo mismo que yo. La noche se iba haciendo más oscura.

De vez en cuando levantaba el dedo la enferma, interrumpiendo á la criada, y la decía:

—¡Escuchad!

—Todos contemiamos la respiración por un momento.

—No es nada, decía Lisbeth; es que pasa la carreta de Hans Bockel; ó bien, es la abuela Dreyfus que va á estas horas casa de los Bremer.

Lisbeth conocía las costumbres de todos los vecinos de Anstatt y gustaba de referirlas á la señora francesa, ahora que sabía llevaba la imagen de la Virgen en un medallón; porque de esto nacía su amistad con ella, como supe después.

Sonaron las siete y después la media. No sabiendo ya qué hacer para esperar con paciencia, subí á una silla y cogí del armario la *Historia natural* de M. Buffon, cosa que nunca había hecho por mi propio gusto; en seguida, apoyando los codos en la mesa con cierta desesperación, me puse á leer solo en francés. Necesitaba tanto apetito como sentía para que se me ocurriese aquella idea; pero á cada momento levantaba la cabeza, miraba á la ventana abriendo mucho los ojos y aplicando el oído.

Acababa de encontrar la historia del gorrión, que, proporcionalmente á su cuerpo, tiene dos veces más cerebro que el hombre, cuando oí lejano sonido de cascabeles; todavía no era más que rumor casi imperceptible, perdido en lontananza, pero se acercaba, y pronto dijo la señora Teresa:

—Ya vuelve el señor doctor.

—Sí, contestó Lisbeth levantándose y colocando la rucua en el rincón, debajo del reloj; ahora es él.

Y corrí á la cocina.

Yo estaba ya en el pasillo: abandonando á Buffon sobre la mesa, abrí la puerta de la calle, gritando:

—¿Eres tú, tío?

—Sí, Fritz, respondió alegremente mi tío, que llegaba en aquel momento. ¿No ocurre novedad en casa?

—No, tío, todo el mundo se encuentra bien.

—¡Bien! ¡Bien!

(Se continuará.)

## REVISTA GENERAL.

Una nueva crisis, cual otra espada de Damocles, ha estado suspendida sobre nuestras cabezas; pero merced á la consecuencia de Sagasta, al patriotismo de Serrano,

al *liberalismo* de los unionistas y al *desinterés* de Topete, el peligro ha pasado, y *calamares* y *fronterizos*, olvidando sus antiguas ofensas, se disponen á presentarse ante las Cortes, convocadas para el día 22, *día feliz*, como dice *Barba Azul*, en que comenzará una nueva legislación.

Como las miradas todas están hoy fijas en esa fecha y en los resultados que la nueva legislación puede producir, creemos oportuno advertir á nuestros lectores de cuanto se discute, murmura ó discurre.

Se dice en primer lugar que Sagasta se presentará ante las Cortes *parapetado*, como si dijéramos, tras de la carta de D. Amadeo, de la cual entresacará su programa ministerial, provocando así á los radicales, que, al discutir las palabras y deseos de D. Amadeo, se declararían *decididamente* anti-dinásticos y aun anti-monárquicos, á lo cual responde *El Imparcial* declarando que semejantes proceder no son nuevos entre los conservadores, y que una cosa parecida hicieron Polignac y Liborio Romano, perdiendo con esta conducta el trono y la dinastía que pretendían salvar.

Se dice también que los negros *calamares*, hábilmente preparados por los célebres *fronterizos*, presentarán una proposición de confianza á favor del ministerio, en la seguridad de ser derrotados por las oposiciones, en cuyo caso D. Amadeo consultará á los presidentes de las Cámaras, unionistas ambos (Martín Herrera y Santa Cruz), los cuales aconsejarán la formación de un gabinete francamente conservador (entiéndase reaccionario), presidido por Serrano, defendido por Topete y apuntalado por Sagasta.

Lo hemos dicho una vez y lo repetiremos cien mil: los radicales no volverán á ser poder jamás, JAMÁS, JAMÁS.

La cuestión de gobernadores se ha resuelto á gusto de los unionistas, que se verán representados por el famoso Villalba y el Sr. Ferreras, redactor de *El Debate*, los cuales tendrán á su cargo el papel de *bastoneros* en esta nueva *contradanza*; en cambio, los ex-ministros unionistas, reunidos en casa del Sr. Santa Cruz, acordaron que el Sr. Topete dejara de sostener la candidatura de Concha, por creer de mayor importancia la cuestión de gobernadores, en que había cedido Sagasta, y después de anunciada la *crisis*, el Sr. Topete, con el *desinterés* que le caracteriza, se dirigió al Consejo de ministros, vencido sí, pero no humillado.

¡El Sr. Topete!

No podemos repetir este nombre sin conmovernos y sin presentarlo ante el país, exclamando con espanto y dolor. ¡Pueblo español, *Ecce Homo*!

¡Topete! el antiguo diputado moderado, el servidor de doña Isabel, el marino sin nombre, el político desconocido, ¡*Ecce Homo*!

¡Topete! el autor de la célebre frase de Cádiz: *El general Prim, sin los generales unionistas, será un inconveniente*; el capitán de puerto *más feliz del mundo*, según la feliz expresión de nuestro amigo Paul. ¡Topete! el que á bordo de la *Zaragoza* se atrevió á lanzar el famoso *¡Viva la reina!* al que contestó con un eco terrible el *¡mueran todos los Borbones!* del valiente pueblo gaditano. ¡Topete! el defensor de Montpensier y servidor de D. Amadeo; el mayor partidario del retraimiento y el amigo más grande de la publicidad y la exhibición; el que jura por la memoria de sus padres no volver á ocupar el poder, y es nuevamente ministro de Estado, de Marina y Ultramar; el que solicita su retiro sin poderlo conseguir nunca; miradlo: ¡*Ecce Homo*! ¡Topete! Camaleón político que acepta todos los colores; marino sin brújula; capitán sin buque; piloto sin

derrotero; ¡Topete! sér extraño é incomprensible, que cuando afirma, niega, y cuando niega, sostiene; que se titula liberal y representa á los conservadores; que se apellida monárquico y educa á su hijo para la República; que se tiene por democrata y vota contra la libertad de cultos; que es imparcial sin franqueza, duro y blando, negro y azul, largo y corto, ancho y estrecho. ¡Topete! el ayer, el hoy y el mañana, el día y la noche, la oscuridad y las tinieblas, el cielo y el infierno, la negación y la afirmación, el ángel del bien y el génio del mal, el sábio y el ignorante, la sombra y la realidad, la visión y el duende, la creencia y la duda; tal es el Topete de hoy: con tales antecedentes, ¿quién es capaz de adivinar qué será el Topete de mañana?

Apostamos una ración de *calamares* con salsa de *fronterizos* y *conservas* á lo Sagasta á que no hay español que lo adivine, y el que se crea capaz de tamaña empresa que aice el dedo; pero, cá, más fácil sería encontrar la cuadratura del círculo ó la dirección del globo.

Segun dice *La Epoca*, se ha celebrado en París la visita de los duques de Montpensier á doña Isabel, quien les convidó á su mesa para el siguiente día.  
¡Que aproveche!

Próximamente se publicará la circular del Sr. Sagasta sobre orden público, escrita á gusto y bajo la inspiración de los conservadores. De tan famoso documento se hará una tirada extraordinaria con objeto de vestir de luto riguroso la estatua de la libertad.

«La Bolsa continúa bajando.»

«La miseria aumenta.»

«Los maestros de escuela se mueren de hambre.»

«En palacio se prepara un gran baile de trajes.»

«Topete aspira á ocupar la vacante del braso almirante Vigodet.»

¡Desgraciado país!

Thiers ha apoyado en la Asamblea el impuesto sobre las primeras materias. Se dice que Picard presentará en breve una proposición pidiendo la proclamación definitiva de la República, renovación de la Cámara y creación de una segunda Asamblea.

El padre Jacinto se traslada de Munich á Roma para fundar un diario anti-infalibilista.

En Irlanda un gentío inmenso salió á recibir á los diputados Bult y Smith, partidarios de la autonomía irlandesa, los cuales protestaron contra la tiranía del gobierno, excitando al pueblo á sacudir su yugo.

Escriben de Roma asegurando el envío de un *últimum* á los obispos anti-infalibilistas.

Entre las Repúblicas de los Estados Unidos y Nicaragua se trabaja para abrir un canal interoceánico, aprovechando el río San Juan y los lagos de Nicaragua y de Managua.

Continúan las huelgas en Inglaterra, y es casi seguro el triunfo de los obreros, que piden la disminución de trabajo á nueve horas.

E. RODRIGUEZ SOLIS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 37.